

Esta Sección tiene como objetivo publicar opiniones breves sobre temas psiquiátricos, psicológicos, artísticos, políticos, etcétera. Esperamos lograr un interesante intercambio de opiniones con esta modalidad.

LEOPOLDO MARÍA PANERO

(Rev GPU 2014; 10; 4: 382-383)



Hernán Villarino

Leopoldo María Panero ha muerto. A juicio de los críticos, fue la única voz poética de la España de los sesenta llamada a perdurar. Famoso y admirado desde el primero de sus libros, en su juventud frecuentó las drogas, la rebelión, las comisarías (en calidad de recluso); después los delirios, los servicios de psiquiatría, los electroshocks. A veces, invitado en algún coloquio, ajeno a los convencionalismos se orinaba en el proscenio, le estilaban los pantalones, hedía. Un conocido suyo relata que “Lo echaban de los bares, se reían de él en su cara, le daban la espalda, pero como un perro sumiso acostumbrado al desprecio, ofrecía la palma de la mano. Y se iba encorvado, la boca abierta (siempre la boca abierta, para siempre ya desdentado), hacia el límite de la nada”.

Se ha insistido muy poco en que la locura cuando es real carece de afectación. A diferencia de

los vanidosos, donde ser y parecer nunca son lo mismo, los locos son serios, y cuando adoptan papeles grandiosos, incluso cósmicos y divinos, a diferencia de los coquetos no son el producto de una presunción infundada, sino de una convicción hondamente vivida y real.

Hace más de veinte años un Panero maduro pero todavía joven decidió ingresar voluntariamente en un psiquiátrico. Quiso residir allí, y allí vivió hasta su muerte. Nadie ni nada lo obligaba, y si eligió el hospital de Las Palmas, en Canarias, es porque a ciento veinte millas de las costas del Sahara hace siempre un clima plácido y tibio, muy distinto del insoponible frío de Valladolid.

Lo peculiar de Panero es que permite ver la locura tal como ella se ve a sí misma y, por ende, tal como ella es. Dice uno de sus poemas: Hombre normal // que por un momento cruzas tu vida con la del esperpento //

has de saber que no fue por matar al pelícano // sino por nada por lo que yazgo aquí // entre otros sepulcros // y que a nada sino al azar // y a ninguna voluntad sagrada de demonio o de dios debo mi ruina.

Estos no son los versos de un impotente vengativo, sino los de quien encara lo imposible y la fatalidad. Por eso no resuena en ellos ninguna falsa conmiseración; no los ahoga ningún sollozo; no rueda ninguna lágrima; no se vocea ninguna injuria ni se pronuncia ninguna maldición, y sobre todo, ninguna esperanza los perturba ni se clama por ningún motín. En ellos se explica y no se pide ni se espera de ningún otro, ni dioses ni hombres, ninguna explicación. Son la estoica asunción de un destino necesario, por lo mismo inocente, que no se funda en el capricho de deidades amorosas ni demiurgos malvados. Pero para hablar así se requiere el tono de un loco; como la moira

griega es precisa esa rara ecuanimidad que más allá del bien y del mal está emancipada de toda avidez.

La locura es una de las posibilidades humanas. Como cualquier otra posibilidad, tiene sus dolores e inconvenientes. Y como cada posibilidad realizada, la locura, además de la propia, mira con su mirada a las otras igual a como ella es contemplada por las demás. Pero es en su propio juicio donde radica su razón y su verdad. Insistimos, su razón es su propio juicio, no el ajeno, y en su capacidad de juzgar se vislumbra su humanidad y su dignidad. Y como vimos, para Panero, olvidando a los perseguidores inicuos que ardientemente buscan y hallan culpables, la locura no es por matar al pelícano, solo es otro osario de la ruina y de la muerte, una nada transitoria fruto de la nada y del azar.

Pero entonces, ¿será la cordura algo? ¿Será acaso la realidad? Juzgaba Panero que sus contemporáneos eran unos "obsesos sudorosos" de fútbol y de toros. Cada país tiene su fútbol y sus toros, y sobre todo un alto número

de obsesos sudorosos en todos los quehaceres. Estar loco, como Panero, es decidir apartarse de esta turbamulta ociosa, avasalladora e incommunicada, de esa nada a la que nadie puede desear. La vida, según Panero, salta sin ton ni son desde la nada de la locura a la nada de la cordura, que es igualmente un esperpento y en su frenética voracidad también una cripta con los encanecidos esqueletos de la muerte, la ruina y la desolación.

Sostuvo con su madre una relación conflictiva y tormentosa. Los críticos, intérpretes, periodistas y otros obsesos sudorosos y precipitados hablaron de ella como la bruja de los Panero. Nos gustaría explorar este malentendido, como también el contenido de su locura y de su poesía, pero ahora sería demasiado largo. Recordemos, en todo caso, cómo concluye el poema que alguna vez le dedicó: Dicen que llueve por nosotros y que la nieve es nuestra // y ahora que el poema expira // te digo como un niño, ven // he construido una diadema // sal al jardín y verás cómo la noche nos envuelve.

Ignoramos en qué radica la extrañamente apacible y confiada belleza de estos versos, porque en realidad no sabemos qué es la belleza. Pero el poeta maldito Leopoldo María Panero, solitario, terrible y loco, lo sabía bien; y la prueba es esa estrofa, que también es una plegaria. En aquellos versos un Panero ahora entumecido todavía anhela y espera algo, algo que por eso mismo no es nada, es algo, algo real en el interminable océano de lo incierto, lo fingido y lo insustancial. Lo que Panero sin dudas aguarda es la incomprendible reconciliación de los opuestos y lo contradictorio que aniquilan y nihilizan lo fenoménico y lo real. Como si por debajo de la irrealdad demolidora y evidente, a pesar de todo, yaciera un ser en algún inconcebible jardín de nieve y lluvia, que es otro modo de nombrar a lo innombrable, a la honda y misteriosa raíz una y única de la realidad, y que para nosotros, cuerdos o locos, no es más que una luminosa y sosegada oscuridad en la impenetrable noche que a todos nos envuelve y que lo abarca todo.